

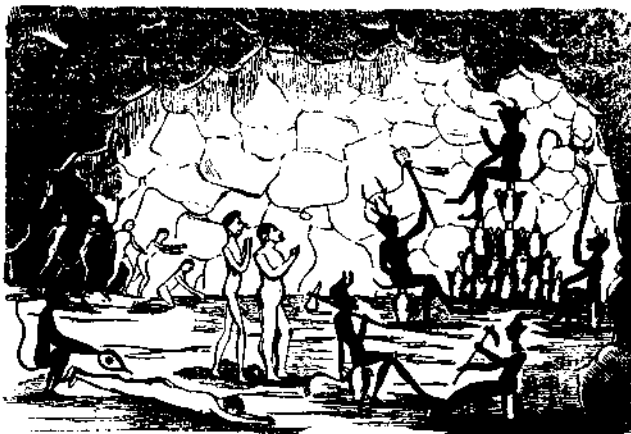
EL DIABLO,

PERIODICO DEL INFIERNO.

MADRID.

Al mes 4 rs.

Se suscribe en la redacción, plaza de Isabel II, núm. 6; librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodríguez, Carretas, 4; almacén de música de Carrara, Príncipe, 15; y en el de papel de Ruiz, Toledo, 34.



PROVINCIAS.

Trim. 16 rs.

Se suscribe en las principales librerías.

Se publica

MIÉRCOLES
y SÁBADOS.

UN PASEO POR EL INFIERNO.

Hastiado me siento de oír necedades y barbarismos—dijo el diablo á los suyos bajando del botijo en que de costumbre suele estar sentado—que sean detenidos en mi cochera todos los que vayan entrando, hasta que me disponga á escucharles en mi inexorable tribunal: por hoy he dado punto, y quiero, para distraerme un poco, dar un paseo por los departamentos de mi establecimiento: á ver, que me siga mi estado mayor.

Todos los diablos se pusieron de pié con sumo respeto, inclinando los cuernos y los rabos ante la presencia de su ilustre señor: este echó á andar delante, y seguido de una numerosa cohorte de demonios que eran generales, capellanes de deshonra, embajadores, cónsules, sargentos de infantería, obispos y pinches de cocina, se metió por un callejón largo y estrecho que daba paso á un salón grandísimo alumbrado por doce cañones de artillería que hacían fuego constantemente: en medio se entretenían cuatro diablillos en espulgar la cabeza á un hombre chiquitín y rechoncho que lloraba á moco tendido. Paróse Luzbel delante, y encarándose con él le dijo:

—Quién eres tú, y por qué estás condenado á pena tan lenta como insufrible?

—Yo, señorito, fui en el otro mundo un pobre diablo, que en fuerza de adular y ponerme en ridículo y hacer el oso, y besar las patas de los mandarines, conseguí ser uno de ellos; por supuesto *in-nómine*, porque yo no hacía mas que lo que querían los demás: así es, que como mi subida fué miserable, así fué mi caída: ya se vé, yo no tenía mas méritos ni talento que los que hubiera alegado un burro en mi caso, y haberme tenido consideraciones y miramientos, hubiera sido tenerse á un dromedario.

—Pues andad con él, hijos míos—dijo Luzbel dirigiéndose á los diablillos—espulgadle bien, hasta que le descubrais los sesos, que segun creo, no lo conseguireis jamás.

—Misericordia, señor!

—Para los aduladores, bajos, lameplatos, indecentes, yo no tengo clemencia jamás: vámonos.

Esta contestacion dejó aturdido al infeliz maniquí, que se contentó con suspirar y entregar de nuevo su cabeza á aquellos farsiseos.

El Demonio siguió su paseo, y á poco penetró en una especie de cueva bastante oscura, en la que estaban dando vueltas en un

asador á un hombrezuelo con carilla de mona y ojillos de papion: paróse todo el mundo á la entrada de S. M., y esta despues de un instante, dijo tambien:

—Qué haces tú aquí, jóven estúpido?

—Yo, señor, nada! conmigo si hacen: esta pícara gente no me deja parar un momento: figuraos que yo fui en el otro mundo un curita bonito, coloradito y muy presumidito: los majaderos dieron en decir que era natural de Bujalance, pero qué disparate! señor, oriundo y muy oriundo de Manila: siempre estaba como un pavo haciendo la corte á los reyes que me despreciaban, pero yo no hacía caso; encima, erre que erre, conseguí calzarme una crucequilla y una capellanía sin sueldo: desde entonces me volví insoportable! creído en que era un grande hombre, para parecerlo, me ponía un sombrero muy alto, estando á pique de este modo de que me llevara el viento: en fin, señor Demonio, mandad que sigan dando vueltas al asador, porque bien merecido lo tengo. Satanás á esta súplica le volvió la espalda sin desplegar sus labios.

—Hasta el Diabolo me desprecia—murmuró el curita—ahdando, muchachos, siga la broma.

Continuó su paseo el buen emperador de los infiernos, y al pasar por un callejon oscuro, reparó en un bulto que habia tendido en el suelo: no distinguiendo el objeto, dió un fuerte grito diciendo:

—A ver! aquí luces.

Por ensalmo se encendieron de repente treinta y siete mil bujías, y entonces pudo observar que era un hombre flaco y descarnado, y de cara no muy decente que estaba tendido cuan largo era.

—Qué haces tú aquí, tunante?

El hombre, sin variar de posicion, contestó dando un suspiro.

—Estaba oculto para ver si me sustraía á las pesquisas de los diablos y á una sentencia ignominiosa.

—Pues quién eres?

—Fui comisionado empedrador de cierta capital, y tuve la desgracia de empeñarme en escamotear mejor que Macallister: con efecto, no aprendí muy mal, y aun ya me iba luciendo en ciertas cosas, como por ejemplo, en hacer desaparecer mil adoquines sin que nadie los viera, en poner una suma de mil en vez de quinientos sin que se notase, y en

otros varios juegos de manos; pero, amigo mio, estando ya para vencer en destreza á aquel prestidigitador, me han traído al infierno, donde veo ahora mismo que me es imposible librarme de un gordo castigo.

—A ver, muchachos—mandó Luzbel—llevadlo al cuchitril del piso tercero, y echadle adoquines encima hasta que vomite la hiel por la boca: esa es tu sentencia.—Ya estoy cansado—añadió volviéndose á los suyos—de oír tanta tunantada, tanta bajeza y tanto robo descarado: dejadme solo que me voy á mi cámara, y mañana haremos lo que sea menester: ea, cada uno á su cuarto y el Diabolo al de todos.

Con este breve mandato, que dió con gesto desabrido, se disolvió la reunion.

EL DIABLO EN LOS TOROS.

Sin acompañamiento alguno, á escepcion de su familiar favorito, y con el rabo bien encojido, para que nadie le conociera, se presentó el Diabolo el lunes último en la plaza de toros, donde se lidiaban dos de Osuna y Veragua, dos de Fuentes y dos de Salvatierra: esta circunstancia, la de ser la primera de la temporada despues de la célebre extraordinaria, y la de presentarse un nuevo matador—Manuel Diaz Lavi—llevaron á la plaza una inmensa concurrencia: el Diabolo se metió en un rincon, acomodándose lo mejor que pudo, porque los cuernos le incomodaban, y eso que los llevaba prendidos detras del cogote, y al dar las cuatro de la tarde sonó el clarín de la pelea.

Muchos pareceres corrian de boca en boca, sobre la casta y condicion de los animales que iban á salir á la pública palestra: quien decia que los de Osuna iban á poner la ley, quien los de Moral, y aun alguno se atrevió anticipadamente á declarar vencederos á los de Salvatierra. Otros rehuyendo la cuestion y para no esponderse á un reproche, decian que su asistencia al circo, habia dependido de la salida de Trigo—el picador—y otros de la de Lavi: en resumen cada uno metia su cuarto espadas, menos el Diabolo que sa-

biendo lo que son estas cosas se aguantaba como un condenado, por miedo de sufrir una rechifla.

Se presentaron, pues, en la arena Lavi, Cúchares y comparsa de lidiadores y banderilleros, y Trigo, Muñoz y demás gente de á caballo, dispuestos á habérselas con el mismo Satanás en persona, si le hubieran visto desde el redondel: hicieron el saludo de ordenanza, se dispersaron en seguida, y á poco salió del chiquero un mestizo de Osuna y Veragua, negro y de libras, corniabierto y arrogante. Empezaron las carreras, y las capas, y los picadores, y despues de una lucha de dos mil diablos, en que quedaron tendidas dos sardinas en figura de jamelgos, lo mató el señor Cúchares de una buena recibiendo, aunque un poco baja: de estampía y cornialto era el segundo de Moral-zarzal, *canelo* y no pequeño: receloso y blando al principio, se creció con el castigo, y despachó tres pedazos de hule—vulgo caballerías mayores—y despues de sufrir tres pares de banderillas en el morro y una en el párpado del ojo izquierdo, se decretó su fin, muriendo á manos de Lavi de un volapié y en menos de un segundo; salieron las mulas, cargaron con los difuntos, y á su tiempo se presentó Salvatierra, bravucon y rojo, y con un miedo extraordinario á la vara; sin embargo, obligado por los picadores, y en fuerza de sus bien colocadas astas, hirió dos billetes de banco que montaban Trigo y Castañita, y apechugando con la leña que le quisieron poner, recibió la espada que le metió el Salamanquino, aunque un poco baja, con bastante conocimiento: de Salvatierra tambien era el cuarto, negro, pequeño y cornicorto, muy ligero de pies, y manso hasta el punto de que los muchachos le manoseasen las astas y de que Casas le quitase la divisa, operacion que habia intentado Manuel Diaz; mató un saltamontes con honores de rocín; dió un buen costalazo á Trigo que le hizo retirar á la enfermeria, y falleció descabellado por Cúchares, despues de tres soberbios pinchazos. Saljó Moral-zarzal á

la palestra, colorado, de estampía y vivo de genio; arremetió á los picadores, ensañándose atrozmente con las navajas de afeitar que montaban, hasta el grado de destripárlas con toda la limpieza del mundo; el público se empeñó en que Lavi lo banderilleara, y este, que se habia mostrado desde el principio osado y complaciente, accedió gustosísimo, plantándole dos pares con suma perfeccion; en seguida tomó la espada y la muleta, y sin decir oste ni moste, lo mandó de un volapié á masear tierra al otro barrio: el sexto de Osuna y Veragua hizo juego con los anteriores, y el Salamanquino lo despachó de una muy buena recibiendo: *Otro toro!* pidió el público, y el presidente se lo concedió mandando salir un Moral-zarzal oscuro y bravucon; hizo dar dos buenos porrazos á los picadores, hiriendo malamente los bizcochos en que cabalgaban; de turno tocaba matarlo á Cúchares, pero el pueblo soberano tenía ya ganas de marcharse, y para acabar pronto ninguno como Lavi; así es que lo pidió á grito herido, y este no pudo menos de presentarse, estoque en mano, delante del furibundo animal: llamóle con gracia, y en un abrir y cerrar de ojos, le dió carta de pago y finiquito. Se acabó la funcion, y el Diablo, escurriéndose suavemente de su escondite, salió de la plaza diciendo para su sayo:—No ha estado del todo buena ni del todo mala: la direccion ha sido tal cual: la plaza servida medianamente: la cuadrilla ha trabajado regular: los picadores así, así: Manuel Diaz con todo el arrojo que le es característico, y las mulas no lo han hecho del todo mal; pero lo que es insufrible es que los mozos vayan azotando los jamelgos para que se acerquen al toro: yo pondré remedio á esto, ó los diablos me han de llevar: diciendo así su merced el Sr. D. Demonio, se desató los cuernos y el rabo, dió un resoplido enorme, y desapareció.

PROVINCIAS.

MÁLAGA.—Marcharon ya los mahometanos continuando su viaje á Alejandría.

La Vendeja sigue animada como hace muchos años que no se conoce: los frutos se sostienen á buenos precios, á pesar de lo fuertes que son las entradas. Los numerosos trabajadores del muelle no dan abasto al movimiento del puerto. El miércoles tuvo una casa de comercio, parados en el embarcadero, seis carros mas de cuatro horas por no haber quién los descargase.

Cayeron en poder de la guardia civil y de los alcaldes de los pueblos siete de los ladrones de la Seranía y no se ha vuelto á hablar de los demás.

SEVILLA.—Nos han referido un robo de que no hay memoria de otro que se le parezca, por la audacia y desvergüenza con que acaba de cometerse.

En la semana última se presentaron en la dehesa de Coria ocho hombres armados, á caballo. y recogieron 32 yeguas que reataron y conducian no se sabe á qué punto. Cerca de Alcalá de Guadaira tropezaron los conductores con tres guardias civiles, y exigiendo estos el pasaporte á los primeros, echaron á huir, abandonando las yeguas, que fueron conducidas á dicho pueblo. Mas al dia siguiente del lance que se refiere, los mismos hombres volvieron á la dehesa donde habian sacado las yeguas, y se llevaron 23, y cambiando de camino, á esta hora no se ha sabido el paradero de ellas ni el rumbo que han tomado.

Hay presunciones que esta gente sean valencianos que vienen á llevarse pjaras enteras de ganado, como las *razzias* que hacian los moros sobre estas tierras, antes de la conquista de Granada.

ESTRANJERO.

De un periódico de Londres tomamos lo siguiente:

Ante el magistrado Mr. Ballantine compareció *Miss Mary Ann Ray*, jóven de buena presencia y modales bastante finos, á instancia de *Tomás Kengsley* y de la señora *Enriqueta Hartnell*, no habiendo asistido esta por hallarse enferma.

Al entrar Mr. Kengsley en el juzgado con su procurador Mr. Robinson, se turbó algo por la actitud que habia tomado la demandada desde el momento en que le vió.

Contestando á varias preguntas que le hizo el magistrado, aunque con mucha dificultad y despues de un largo rato, dijo: hace dos ó tres años que conozco á esta señora y la antipatía que me tiene es porque ahora quiero á otra.

—Magistrado. ¿Os ha amenazado alguna vez?

—Sí señor.

Mr. Kengsley. Varias veces me amenazó con que si iba en compañía de Enriqueta, tanto á esta como á mí, nos levantaba la tapa de los sesos.

Magistrado: ¿Y bien, señora, qué decís á esto?

Miss Ray. Hace muchos años que por mi disgracia y bien á pesar mio, conozco á este hombre que me ha tratado con la mayor ingratitud. Despues de haber vivido á mis espensas, y de haberme desacreditado, robado la tranquilidad y trastornado todos mis planes, me dijo en tono de burla, que su cuñado lo habia presentado á una señora rica con la que pensaba casarse.

Magistrado: Supongo que solo por esto no querriais saltarle la tapa de los sesos.

Acusada: A hombres muy de bien y mejores caballeros, les ha costado la vida muchísimo menos de lo que él ha hecho con una desgraciada huérfana de padre, de madre y de amigos.

Magistrado: ¿Me prometeis no atender contra su vida?

Acusada: No lo sé. En rigor no merece contemplacion un hombre que ha vivido á mi costa, y á quien he dado el dinero que necesitaba, pues mi bolsa era suya: me sacrificaba porque fuese decente, y es imperdonable recibir de él semejante pago. Despues de haber tenido valor de decirme que habia encontrado una mujer rica con quien colocarse, al darle parte del fallecimiento de mi hermana, cuyos bienes creyó debia yo heredar, volvió á mi casa, protestando que no concurriría mas á la de Enriqueta; y por último me dijo que mandase por el coche de mi hermana y nos iríamos á la casa de campo para casarnos.

Magistrado: Luego queréis que se case con vos?

Demandada: ¡No! ahora no! Si de cada cabello suyo pendiese un diamante, no me casaria con él ahora, por su inicuo proceder. El es causante de la pérdida de mi salud y de mi tranquilidad. La provocacion mas insignificante que recibiera de ese mal caballero, me podria en el caso de llevar á cabo mi proyecto.

Magistrado: Segun os explicais, la peor cosa que podiais hacer era casaros.

Demandada: Así lo creo.—A esto echó un bolsillo primorosamente bordado sobre la mesa, y volviéndose á su acusador le dijo con voz firme: ¿Conoceis este bolsillo? Es el mismo que compré y llené de oro para vos. Despues de haberlo tenido cuatro meses y pagado los gastos del entierro de la señora en cuya casa vivia vuestro padre, me lo devolvisteis enseñándome otro que os habia regalado *Miss Hartnell*.

Magistrado: Si os dió palabra de casamiento, tenéis derecho por la ley á perseguirlo ante los tribunales competentes.

Demandada: Sí, muchas veces me dió palabra, y hasta tomó con empeño que nos casásemos cuando tuvo noticia de la muerte de mi hermana, porque creía que había heredado sus bienes.

Mr. Robinson: Puedo asegurar á su señoría de un modo positivo que mi defendido nunca ha dado semejante palabra.

Mr. Jamis Terry que vive en la casa inmediata á la de Mr. Kingsley, manifestó que haria unos dos meses que se presentó en su despacho Miss Ray y le dijo: «Si Mr. K. se enlaza con otra, se acordará de mí y no respondo si llegará á ver la noche de su boda.» Me parece que tenia en su poder dos pistolas, segun se esplicó.

Miss Ray: No he comprado las pistolas todavía; pero tal vez me dé tentacion de hacerlo. He tenido cinco hijos, solo uno muy lindo me vive: ese hombre infame es su padre.

Magistrado: Teneis derecho á quejaros á los tribunales; pero la ley prohibe que tomeis la justicia por vuestra mano. En vista de vuestra insistencia me veo en el caso de exigir dos fianzas de á cuarenta libras esterlinas cada una, para que mantengais la paz ó de lo contrario tendreis que ir á la carcel.

Miss Ray: ¿Podeis suspender la sentencia hasta mañana?

Magistrado: No; porque lo podeis matar esta noche.

Miss Ray: Si valiese siquiera este trabajo, pase; pero no lo vale, aunque bien merecido se lo tendria.

Habiendo presentado las fianzas, fue puesta en libertad.

EL OTOÑO DE SU VIDA.

(REMITIDO.)

Nació feliz, y como el alba bella en medio de mis galas y colores, entre vivos fulgores como en la noche la brillante estrella. Un mundo de gloria y de alegría la cuna de su hermosa juventud mecíó con celestial virtud y un astro de amor la sonreía. Las horas lentas de engañosa calma formó sus ilusiones y el gérmen de tan dulces emociones crecieron sin sentir dentro del alma. Ay! hasta que un día al despuntar la aurora de su ilusion postrera oyó que la llamaron hechicera, divina y seductora; Y arrebatada en su entusiasmo loco, lanzóse en los placeres

cual la reina del mundo y las mujeres, estimando su fé y su amor en poco.

Ahora en su pupila rueda una lágrima ardiente que turba tristemente el pasado recuerdo que le queda. Suspira triste en doloroso acento por su virtud perdida, y esa lágrima ardiente desprendida destruye la razon de un pensamiento. Muriendo vive en apartado mundo con llanto y amargura cuando en sueño profundo recuerda la verdad de su hermosura. Ay! su corazon herido eternamente en ponzoñosas horas alienta las memorias de otro tiempo feliz y bendecido. Pobre mujer! con su ilusion primera tocó en sus desengaños la triste realidad de breves años en alas de una gloria pasagera. Ay! del que llora en abatido acento de la virtud perdida esa página hermosa de la vida que hiere en su razon el pensamiento.

.....
Héla allí, abatida y enojosa como la flor marchita, su hermoso corazon triste palpita en calma perezosa. Ayer entre sus galas hechicera, se ostentaba sublime, encantadora, como la luz que dora la pintada pradera. Hoy apenas en sus ojos brilla la luz de esa ilusion que un día el corazon encendiera su pálida mejilla. Ni por sus labios vaga la sonrisa de amor y de ventura aun mas fresca y mas pura que de la aurora la suave brisa. Ni en su seno purísimo de amores yace la flor de su constante anhelo con la luz de otro cielo en pintados colores. Todo es pesar, desdicha y amargura en la que fuera un día la reina del placer por su alegría, la madre del amor por su hermosura. La suerte ingrata abandonó su vida en el dintel del mundo

cuando en sueño profundo
la pasaba feliz y apetejada...
Pobre mujer! el tiempo velozmente
con su brazo potente
apenas sin sentir cortó tu vuelo
y con tu amor el postrimer anhelo.
Pero no llores, nó; porque aun suspira
quien en tu ocaso admira
la luz de tus fulgores
como el sueño feliz de sus amores,
Y á tus plantas, de amor arrebatado
te rinde el corazón
que yace enamorado
en alas de sublime inspiración.

M. MORATILLA.

EL ULTIMO SUSPIRO.

Leyenda que escribo y dedica EL DIABLO á su buen amigo
D. F. DE P. RICO.

(CONTINUACION).

I.

Bañado por el Tajo
y á legua y media escasa de Toledo,
tres siglos no hace aun que se veía
entre zarzales y robustos olmos
un caseron antiguo,
que elevándose oscuro parecia,
de lejos contemplado,
sombra del Tajo que amagaba umbria,
ó negro centinela,
esclavo fiel del español monarca,
sumiso allí enclavado
para velar perenne en la comarca.

Honores de castillo
sin foso, ni almenaje, ni rastrillo,
el caseron tenia,
por el mucho espesor de sus paredes,
sus grandes claravoyas,
y porque en el final sobresalia,
en cada ángulo recto,
un soberbio cañon de chimenea
que fortin ó garita parecia:
una estensa y magnífica azotea
doblaba la ilusión, y el grande patio
en que la yerba á su placer crecía,
y la anchurosa puerta
que rechinante y con pesar se abría,
completaban la duda
que á su mirar primero
germinaba en la mente del viajero...

Era Diciembre! el alba purpurina
desatando sus crenchas refulgente
y derramando perlas,
en su carro de nacar esplendente,
dejaba atras los ámbitos de Oriente,
cuando á orillas del Tajo dos mancebos,
en briosos corceles cabalgando,
á rienda suelta sin temor corrian,
saltando las malezas
que á su ansiosa carrera se oponian.

Al fin en su zozobra jadeante
llegaron á la frente
del ceniciento caseron umbrío,
y el apuesto galan que iba delante,
abrel—dijo al de atrás—y el escudero
de una llave á favor abrió ligero
de par en par la puerta rechinante:
jóvenes y corceles animosos
pasaron el umbral, y á poco rato
en los espacios tristes, misteriosos
del edificio antiguo,
señor de la campiña,
solo se oía el fúnebre graznido
de las sangrientas aves de rapiña.

(Continuará.)

TIZONAZOS.

Como anunciamos á nuestros lectores, el
sábado último trabajaron en la Cruz Mister
Macallister y su esposa: de todos los juegos
que ejecutó, con bastante limpieza y maestría,
el que mas llamó la atención fue el de
la cartera de dibujo: el descanso aéreo de su
esposa gustó tambien bastante; pero ciertas
y ciertas prevenciones maliciosas que habia
de antemano, y que tal vez por un descuido
se vieron confirmadas, no dejaron que este
juego hiciera todo el efecto que en otro caso
indudablemente hubiera causado.

Anoche en la puerta del Sol se agrupaba
mucha gente al rededor de una especie de
farola ó trasparente que llevaba un hombre,
en el cual se leía el siguiente anuncio:

« En la calle de las Huertas, núm. 54, hay
cuartos para dormir á 1 real y á 2 estando
independiente— con superior licencia.

¿Qué tales serán las personas que vayan á
guarecerse á la calle de las Huertas? ¿quién
no ha de tener buena ó mala cama y una casa
donde dormir? por ello, pues, creemos fir-
memente que solo algunos vagos y mujeres

perdidas serán los que se acogerán á aquel lugar hospitalario: en este concepto la autoridad que ha dado la licencia, debía vigilar sobre esa casa, no tanto por enterarse de la casta de pájaros que allí tengan entrada, cuanto por la amalgama de ambos sexos á quienes no se ofrece separacion.

¿No se iban á quitar las rejas de los sumideros de la calle de Alcalá, carrera de S. Gerónimo, plaza de Isabel II, y otras, y otras, y otras?

La casa núm. 83 de la calle de Toledo, que ha servido de cuartel de caballería, ofrece el aspecto mas repugnante que darse puede: su fachada denegrida y puerca reclama un pronto revoco: menester es que así se determine, pues los viajeros que entren en la villa por esa calle, formarán de la corte la idea mas desfavorable del mundo.

La autoridad competente dispuso en su día que se quitasen de las puertas de ciertas iglesias las imágenes que en ellas habia colocadas: esta orden se llevó á efecto en Santa Cruz, S. Sebastian, S. Ginés y otras; pero en Sto. Domingo y el Cármen, ni se ha pensado en ello; ¿tienen, acaso, privilegio esclusivo? no lo estrañaríamos, porque en España está muy en boga el privilegio.

El empedrado de la calle de Carretas ha costado veinte y siete mil duros!!! qué lástima de veinte y siete mil azotes á quien los merezca! pero, ¿qué importa? mientras que se consume una cantidad tan exorbitante, con la cual se podria haber hecho muy felices á veinte y siete familias, para que los coches rueden con suavidad, los empleados del ayuntamiento están *in-albis*... ¡anda morena!

Se han impuesto varias multas á taberneros que tenían sus puertas abiertas fuera de la hora prevenida, y á vendedores que escandalizaban en las plazuelas insultando á los compradores.

En la calle de los Caños, que como saben nuestros lectores baja desde la Costanilla de los Angeles á la plaza de Isabel II, vimos ayer cuatro tiestos de abahaca de los de que hablamos en el segundo tizonazo de nuestro

número anterior; y no eran ciertamente de la infancia descuidada, sino de adolescentes bárbaros y muy bárbaros. Indispensable es que la autoridad corrija este abuso, para evitar á los estómagos una indigestion, al olfato pésimos olores, á los trajes de las señoras unos flecos no muy vistosos y á la decencia pública una indecencia tan indecente.

Pues señor, está visto: las flores no han nacido para D. Ramon Maria Narvacz: el sábado último, y cuando M. Macallister hizo la suerte del canastillo maravilloso, ocupaba S. E., acompañado de su señora, un palco bajo en el teatro de la Cruz: el prestidigitador empezó á repartir ramitos de flores al público y tiró dos seguidos al presidente del consejo, y... ¡cosa superabundantemente estraña! en otros puntos la pujanza del brazo del jugador alcanzaba hasta los palcos segundos, y en aquel sufrió una notable debilidad: así es que á pesar de los manotazos y esfuerzos de D. Ramon, no consiguió coger ninguno de los dos ramos, por lo cual el público en mayoría, afectado sobremapera, prorumpió en un doloroso lamento, que hizo reir á la mayoría del público.

El domingo último estuvo el Diablo en el tiro de gallos que se ha establecido fuera de la puerta de Santa Bárbara: segun pudo notar en el corto espacio que en él permaneció, las pérdidas son allí tan seguras como la luz del sol, y las ganancias tan dudosas como las opiniones sobre los habitantes de la Luna. La distancia de 200 pasos que se ha señalado desde el cobertizo hasta el blanco, es demasiado estensa, y el precio de cada tiro escesivamente caro—un real.—Segun cálculo aproximado podrán dispararse con las tres escopetas que alternan, sobre 160 tiros desde las tres á las siete de la tarde, en cuyo tiempo morirán á lo mas cuatro gallos; resultando de aquí, rebajado el precio de estos, el de los tiros, y el del local, una ganancia aproximada de 85 rs. diarios.

El Diablo ha oído decir que personas mas desprendidas, van á establecer otro tiro fuera de la puerta de Alcalá, poniendo una distancia mucho mas corta, y un precio bastante mas moderado: si esto se realiza, pronosticamos muy poca vida al establecimiento de la puerta de Santa Bárbara.

La España dice que el fandango es africano: bueno es siempre que haya periódicos entendidos que expliquen la etimología de las cosas para evitar *borriquidios*. El diablo estaba creído que el fandango y el jaleo de Jerez habían tenido su origen en Rusia, pero desde hoy se confiesa un ignorante al lado de *La España*.

La España, se ha ruborizado de que el domingo último estuviesen los albañiles trabajando en la Trinidad: prescindiendo del lado por que aquel periódico mira la cuestión, el Diablo también se alarmó al ver que en este país descuellos siempre, sobre todas, la ley del embudo. Lo ancho para los gordos que hacen lo que les da la gana; lo angosto para los flacos, á quienes se impone una multa por abrir la puerta de su casa en días festivos: Paciencia y barajar.

Un paisano que ha estado preso en estos últimos días, al pasar ayer por la plazuela de la Cebada, vió á un individuo de la ronda, á quien, segun sus sospechas, habia debido su prision: sacó, pues, una nabaja y yéndose hácia él, le hubiera muerto indudablemente, á no haber aquel opuesto el brazo; pero en su lugar le cortó todos los dedos de la mano derecha: el agresor se fugó sin que hasta la presente se haya podido dar con él.

CHARADA.

Mi primera y mi segunda
es medio, si bien lo observas,
que habrás de emplear si quieres
comer de una cosa buena.
Voz geográfica es
mi primera con mi tertia,
si bien algun menestral
suele usarla con frecuencia
para mi primera y quinta
vender despues. Mi tercera
con mi prima, la tenemos
todos, de varias maneras,
unos grande y otros chica
Y otros tuerta ó bien derecha,
y hasta los mismos cuadrúpedos
es preciso que la tengan.
Tercia y segunda las hay
en un fuego, y no te creas
que solo para jugar

sirve, porque muy diversa
suele ser su aplicacion
y ya entristece, ya alegra
en otros casos. Mi cuarta
unida con mi primera
objeto de adoracion
en tiempos antiguos era
de ciertas gentes ilusas
que nuestra fé no profesan.
A un ser viviente se mata
con mi cuarta y mi tercera,
ya sea á un irracional
en la una acepcion que cuenta,
y ya en distinto sentido
á un racional macho ó hembra,
siendo cosa sin la cual
hoy no podria haber guerra;
pero tal vez con el tiempo
se avance en esta materia.
Cuarta y quinta nada vale
y vale mucho, de veras,
pues la diferencia está
en cómo lo consideras;
no puedo decirte mas.
Mi quinta con mi primera
en todo el globo las hay,
y tambien en nuestra tierra
abundan, y hacen al caso
para mi quinta y mi tertia.
Quinta y cuarta, algunas veces
de buena gana quisiera
tener; pero no contigo,
sino con las hijas de Eva:
y con mi todo jamás
¡Dios me libre y me defienda!
porque es sugeto muy brusco
y que no gusta de fiestas.

PERON DE IS.

ENIGMA.

Causo mil satisfacciones
y tambien doy mil pesares,
me guardan en los cajones
pero sufro mil azares.

Los amantes me prefieren
otros se guardan de mí:
todos me buscan y quieren
por lo útil que yo nací.

HERNANDO DE PERON DE IS.

Madrid, — 1848. — Imprenta de José María Ducazcal,
Plaza de Isabel II, núm. 6.